

FRENTE A LA TENTACIÓN DEL POSEER – LA AUTÉNTICA POBREZA

Hna. Ma. Montserrat Osés
Retiro de Cuaresma' 2012

I. INTRODUCCIÓN

Estamos avanzando en nuestro Retiro de Cuaresma, en este seguir las huellas de Cristo hacia el lugar y momento de su Pasión...

Como Él, nos hemos querido retirar al "desierto"; sí, estamos en nuestro segundo día, y no sé qué tan suave, abrupta o duramente, nos hemos encontrado con una situación de ... DESIERTO...SILENCIO...SOLEDAZ...

¿Qué es el desierto? una tierra calcinada, una tierra de torrenteras donde no se ve sin embargo agua ninguna, una tierra sin horizonte en donde la lejanía se pierde en la bruma; se percibe una especie de zumbido que no evoca vida alguna; se perciben algunas rapaces, pero ni verde ni animales. Es quizás espléndido pero resulta un lugar de desolación y el primer sentimiento puede ser la angustia. Así es como se halla descrito el desierto en la Biblia: "País de serpientes abrasadas, de escorpiones y de la sed..." (Dt 8, 15). "Tierra árida y de torrenteras, tierra reseca y oscura, tierra por donde nadie pasa y en donde nadie se asienta" (Jr 2, 6)

Y sin embargo, en esa soledad del desierto, grandes siervos del Señor, como Elías y Moisés, caminaron un trecho de vida, como parte del plan de Dios para poder liberarlos de las viejas ataduras forjadas en su vida y de las cadenas de opresión interior que estorbaban para su misión. De esta forma el desierto fue para ellos un lugar excepcional de encuentro con Dios y una "escuela de vida", lo que les preparó para su misión posterior. Esto fue también el desierto para el Señor justo al inicio de su vida pública: un encuentro con Dios, una última preparación para su misión.

En este sentido queremos que estos días sean una "experiencia de desierto", que cada uno pueda realmente encontrarse con Dios y en Él, revisar nuestra vida, ponerla bajo su mirada, más aún reflejar nuestra vida en la del Señor, como si de un espejo se tratara y para que se igualen ambas imágenes, la de Cristo y la mía.

En el desierto Cristo mismo fue tentado... las tentaciones forman parte de nuestra vida ya lo hemos visto y hemos podido meditar sobre la tentación del poder. Queremos dar ahora otro paso y meditar sobre la tentación del POSEER.

Sólo tenemos que mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta que esta tentación la respiramos en el ambiente, con sólo poner un pie en la calle o encender el televisor y nos sumergimos en una vorágine de estímulos publicitarios que nos invitan a consumir, a comprar, a poseer. Estamos en una sociedad materialista, donde muchos se miden por lo que tienen y no por lo que son. Cuánta gente cercana a nosotros vemos que prácticamente sus aspiraciones van en la línea del dinero, del bienestar, de la búsqueda de un alto nivel de vida. Para tantas personas sus motivaciones más profundas son cada vez más materiales y tienden con frecuencia al desprecio de valores menos "tangibles" o acumulables como son los valores morales y espirituales.

Cuántas veces el demonio seduce (también a nosotros, hijos de nuestro tiempo) con un estilo de vida materialista, que va mucho más allá de tener lo indispensable o lo suficiente para vivir, sino que nos lleva a un afán de acumular, de consumir.

En este desierto que es el retiro nos queremos dejar seducir, pero no por el demonio, sino por el Señor y por su estilo de vida, quien para hacer frente a esta seducción del poseer nos confronta con algo radicalmente opuesto: la pobreza.

“Por tanto he aquí, la seduciré, la llevaré al desierto, y le hablaré al corazón” (Oseas 2, 14)

Que el Señor nos hable al corazón y nos enseñe el auténtico espíritu de pobreza que conforme nuestro estilo de vida personal, matrimonial, familiar. Y así seamos ejemplo atrayente, seductor, para nuestra sociedad, para los que nos rodean.

II. EN EL DESIERTO DE NUESTRA VIDA: LA TENTACIÓN DEL POSEER

Evidentemente no es difícil caer en tentaciones, porque siempre se nos presentan como algo atrayente, agradable, y por eso vamos hacia ellas casi como abejas hacia la miel...

¿Qué es lo atrayente del poseer? Pues obviamente que cualquier tipo de riqueza es apetecible, por un lado un mínimo es indispensable para la supervivencia, y tener más de lo indispensable nos hace la vida más agradable... y de ahí llegar a los bienes superfluos no es tan difícil...

Poseer cosas, bienes, nos da además seguridad en la vida. Además si tenemos los mínimos cubiertos podemos dedicarnos a otras cosas, incluso podemos tener cosas o acumular bienes para regalar a los demás, para dejar una herencia a nuestros hijos... Por eso es muy fácil “disfrazar” esta tentación y decirme a mí mismo que todo lo que tengo es por necesidad y/o para otros....

Y en verdad, no se trata de decir a partir de tal cantidad de dinero o de bienes ya has caído en la tentación del poseer, eres un avaricioso, o un materialista... ¡no! Por desgracia (pues nos encanta todo lo medible empíricamente), Cristo va mucho más allá y cuando habla o nos muestra la pobreza evangélica, por un lado es cierto que habla de una pobreza material, por ejemplo a un doctor de la ley Jesús le dice:

“Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.” (Mt 8, 20)

O al joven rico que quería ir tras Él, le dice:

“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres” (Mt 19, 21)

Pero sobre todo, Cristo nos pide una pobreza espiritual

“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos”
(Mt. 5, 3)

En esta línea (de la pobreza espiritual) sobre todo va nuestra espiritualidad schoenstattiana, pues es una espiritualidad laical, vivida en medio del mundo. EL P. Kentenich no nos pide a los schoenstattianos venderlo todo, no tener absolutamente nada,... sino que nos pide algo que a veces es quizás más exigente: tener, pero NO ESTAR APEGADO y ESCLAVIZADO A ELLO. Es decir, ser libre interiormente de estos bienes para así encauzar mi generosidad y desprendimiento.

No se trata pues de tener mucho o poco, sino de descubrir (y aquí está la tentación) qué produce en mí el egoísmo, la avaricia, cuáles son las cosas, los bienes, las posesiones que me atan, que no me dejan ser desprendido y generoso. Se trata de no caer en la tentación para ser libres para poder servir:

“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme. Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido porque era muy rico.” (Mt 19, 21-22)

A nosotros nos puede pasar como al joven rico, que no podamos seguir a Cristo, o hacer lo que Él nos pide porque no podamos desprendernos y ser libres de nuestras riquezas.

Cristo ante la reacción del joven rico dijo a sus discípulos:

“Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos.” (Mt 19, 23)

Y en otro pasaje leemos:

“Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero”. (Lc. 16, 13)

Por eso, el cultivo del desprendimiento, de la pobreza de espíritu, nos tiene que ayudar a lo realmente importante que es estar libres para Dios, estar disponibles para su obra. Y el fruto es la alegría, tan distinta a la tristeza que sintió el joven rico.

III. TIPOS DE BIENES

Y para saber hasta qué punto estoy atado a estos bienes, es decir, si ya no puedo vivir sin ellos... o de cuáles realmente me podría desprender, tengo que saber qué bienes poseo, de qué bienes soy dueño. Y después poder “clasificarlos”:

Tipos de bienes

1. Naturales: - materiales (cosas tangibles)
- espirituales (no tangibles), por ejemplo mis talentos, virtudes naturales, valores en mi visión de la vida, etc...
2. Sobrenaturales (no provienen de la naturaleza, sino de Dios). Por ejemplo, los dones del Espíritu Santo, etc... y especialmente la gracia. A éstos no puedo renunciar.

Para encauzar mi generosidad y desprendimiento es necesario en primer lugar hacer una **clasificación general de los bienes**:

1. Necesarios: indispensables para la vida
2. Agradables o útiles: que me hacen la vida más fácil y cómoda
3. Superfluos : de los que realmente puedo prescindir.

Es fácil ser generoso y desprendido de los bienes superfluos, pero ser generoso con los bienes agradables y útiles o incluso compartir mis bienes necesarios ya es más difícil...

Es desde esta "clasificación" desde donde puedo empezar mis renunciaciones y una conquista de la auténtica generosidad... ¿estoy apegado a bienes superfluos? ¿estoy apegado a bienes útiles y agradables? ¿y de los necesarios....?

Para la reflexión:

- ⇒ Revisar con Dios mis bienes y hacer una lista clasificándolos. ¿A cuáles de estos bienes estoy esclavizado y no soy libre en su uso?
- ⇒ ¿Qué bienes son para mí indispensables, cuáles agradables o útiles y cuáles totalmente superfluos?
- ⇒ ¿Qué tipo de bienes tiendo a atesorar más?
- ⇒ ¿Qué bienes son para mí los más importantes y quisiera dejar en herencia a mis hijos?

IV. EN EL DESIERTO DE NUESTRA VIDA, FRENTE A LA TENTACIÓN DEL POSEER, NECESITAMOS (Y TENEMOS) UN OASIS

¿Cómo superar en nosotros esa tentación de acumular, de no compartir, de poner mi seguridad y mi valía sólo en ellos?

Como en el desierto, necesitamos un oasis. Es decir, un lugar donde descansar de lo duro de la vida, un lugar donde renovar nuestras fuerzas, un lugar desde donde volver a orientar nuestro camino. Un lugar donde valorar correctamente lo que poseo para ver qué es lo realmente necesario para el camino de la vida (En un desierto tampoco puedo viajar con sobrepeso).

Nosotros poseemos ya ese oasis en el desierto de nuestra vida. Ese oasis es el Santuario, de él mana la fuente de nuestra vida, la fuente de la gracia, donde María nos acoge, nos enseña y nos da fuerza para vivir esta pobreza cristiana.

En el Santuario María nos enseña que:

- 1- No somos valiosos por lo que poseemos sino por lo que somos: hijos amados de Dios. Ella nos acoge sin mirar nuestra cuenta bancaria, el único capital que le interesa es el capital de gracias, la riqueza de nuestro amor.
- 2- No renunciamos a los bienes por nada, sino por un bien mayor, por una riqueza mayor. María nos señala siempre a Cristo, como en las bodas de Caná nos dice:

"Haced lo que Él os diga"

¿Y qué nos dice Cristo en relación a la riqueza que nos da la felicidad auténtica y no una felicidad que es un barniz?

"Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo" (Mt 19, 21)

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.

También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.” (Mt. 13, 44-46)

Según el sentir cristiano, la pobreza pertenece al seguimiento de Jesús. Cristo mismo y su Madre llevaron una vida pobre desde el pesebre hasta la cruz. Su riqueza fue la vinculación interior al Padre Dios. La pobreza nos regala el auténtico sentido de la vida.

3- Podemos ser libres de muchos bienes materiales porque confiamos en la Providencia Divina.

El Santuario es una escuela de la Divina Providencia y María es la maestra. Toda su vida fue un confiar en que Dios proveería, así vivió la pobreza de Belén, la inseguridad en Egipto como emigrantes/exiliados, el volver a comenzar quizás de cero, en Nazaret con el jornal de un carpintero, el seguir a Jesús por los caminos de Galilea en su vida pública, y llegar finalmente a la pobreza desnuda de la cruz, en el Gólgota...

Y si pudo vivir esto fue por una confianza filial en el plan de amor de Dios Padre, por un sentirse cobijada como hija en su corazón paternal. Seguro que estas vivencias de pobreza, de sencillez de vida pero de nunca faltarles nada fue lo que llevó después a Cristo a decir:

“No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis.. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?. Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis más vosotros que ellas? (...) y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Con qué nos vamos a vestir? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6, 25-33)

La pobreza es así una escuela para alzar los ojos de la tierra, de lo demasiado mundano y medido y controlado, hacia el cielo, hacia la Providencia de Dios. La pobreza le da una oportunidad a Dios para preocuparse por mí y por los míos. Para que mi confianza en Él sea verdadera y no una teoría.

“Aquello que era demasiado terreno en el pensar, quiso Dios orientarlo hacia las alturas”

J.K.

4- No se trata de rechazar los bienes sino de aprender a usarlos correctamente.

El P. Kentenich nos enseña que nuestra postura ante los bienes es de aceptación libre, no de rechazo, es decir, para los schoenstattianos la pobreza no es entendida como carencia sino como virtud (actitud interior y exterior de desprendimiento) libremente escogida.

Pero para que esto sea así él nos enseña a “enfrentamos” a los bienes a través de 4 pasos:

- juzgar correctamente
- gozar correctamente

- renunciar correctamente
- dominar correctamente.

Sólo de esta manera nosotros usaremos los bienes y no seremos esclavos de ellos; nosotros los dominaremos y no seremos nosotros dominados por ellos.

Este es un gran apostolado en esta sociedad que tanto pone su confianza y valía en los bienes materiales y al final acaba siendo esclava de esos mismos bienes.

Para la reflexión:

- ⇒ ¿Me juzgo a mí mismo y a los que me rodean según lo que tienen?
- ⇒ ¿Cuál es mi "tesoro del campo"? ¿Qué bien espiritual es realmente importante, para mí, para mi matrimonio, para mi familia? (tal vez la fe, la esperanza, el amor, la entrega, la verdad....)
¿Qué tengo que "vender" para poseerlo aún más? (tal vez horas de trabajo para estar más con los míos, u horas de compras, tal vez tengo que dejar la tele o Internet, etc...)
- ⇒ ¿Confío en la Providencia de Dios o tengo todavía demasiado puesta mi seguridad en las cosas?
¿Cuándo he experimentado esta providencia de Dios en mi vida, la preocupación paternal de Dios?
¿Tengo algo importante que confiarle ahora?
- ⇒ ¿Sé juzgar, gozar, renunciar y dominar correctamente los bienes que poseo? ¿tengo alguna dificultad especial con alguno de estos pasos o con algún bien que no llevo a dominar?